

ASPECTOS más
PROFUNDOS
de la VIDA

Traductores: *Miembros de la Sociedad Teosófica en Chile.*

Diseño de Tapa: *Juliana Cesano.*

Catalogación:

Aspectos más profundos de la vida / Nilakanta Sri Ram

—1^{era} edición — San Lorenzo: Sociedad Teosófica en Argentina.

ISBN 978-987-4955-28-9

Por información adicional, dirigirse a:



Editorial Teosófica en Español
editorial@sociedadteosofica.org.ar
www.sociedadteosofica.org.ar



Tirada de 200 ejemplares impresa en los talleres gráficos de La Imprenta Ya S.A., Estados Unidos 1061, B1604 Villa Martelli, Prov. de Buenos Aires.

2024

ASPECTOS más
PROFUNDOS
de la VIDA

N. Sri Ram

CONTENDIO

<i>Prólogo</i>	1
<i>Vida, muerte e inmortalidad</i>	3
<i>Actividad de la mente</i>	15
<i>El hombre como un cuerpo de conciencia</i>	25
<i>“La muerte y su hermano, el sueño”</i>	33
<i>Lo nuevo en uno mismo</i>	39
<i>Despertar a la verdad</i>	47
<i>Lo verdadero, lo bueno y lo bello</i>	59
<i>El significado de cada momento</i>	67

PRÓLOGO

ESTE volumen se compone de discursos pronunciados en diversos lugares a lo largo de varios años. No se ha escrito como un libro con una tesis central, sus subdivisiones y una argumentación secuencial, evitando superposiciones. Las conferencias, aunque editadas y revisadas, se presentan generalmente en la forma en que fueron pronunciadas. Al ser los temas de naturaleza afín, se hace referencia a las mismas verdades o ideas fundamentales en diferentes contextos. Se espera que lo aquí expuesto no carezca de interés para quienes se sienten atraídos por tales asuntos, o incluso para el lector en general.

N. Sri Ram

Adyar, 29 de febrero de 1968

1

VIDA, MUERTE E INMORTALIDAD

CUANDO un hombre de ciencia trata de conocer la verdad del universo y de todas las cosas que hay en él, basa sus descubrimientos en lo que observa, lo que hace con la mayor precisión posible. Es lógico en sus deducciones, pero también recurre a postulados e hipótesis para explicar los fenómenos que observa.

Hay personas que piensan que los cánones de verdad o validez que se aplican en el campo de la ciencia no se aplican en el ámbito de la religión, porque la religión es un asunto muy personal, y en el ámbito de la lealtad personal y las emociones de cada uno, hay espacio para la elección y la creencia. Esto se debe a que invisten a la verdad con un significado limitado que no puede apelar a la naturaleza total del hombre. Pero también en estos asuntos puede haber un enfoque objetivo que puede tener toda la belleza que puede existir en el campo de los afectos y de la religión, pero sin las limitaciones inherentes a los métodos y objetivos de la ciencia. Un científico sólo se ocupa de un campo particular de hechos comprobables por sus métodos, y si tiene amplitud de miras será el primero en admitir que existen, o pueden existir, niveles de experiencia y hechos distintos de los que le ocupan.

Cuando pasamos a la vida, nos encontramos con un orden de existencia distinto del de los así llamados objetos inanimados. La vida es algo extraordinario, evidentemente una energía. Cuando observamos algo vivo, aunque al analizar su cuerpo se comprueba que está compuesto de las mismas sustancias que encontramos en la tierra, el agua y el aire, hay en ese cuerpo una energía que cambia continuamente la composición y condición de esas sustancias. Pero la vida no es una energía como la electricidad, ni una puramente química, ni es la energía de un balón puesto en movimiento por un golpe. Es una energía en la que hay conciencia e inteligencia inherentes.

En todo ser vivo, incluso en el insecto más diminuto, existe la conciencia que, aunque se desarrolla de diversas maneras, comienza siendo

simplemente consciente. Si se aplica algún estímulo a un cuerpo vivo, hay conciencia de que algo le sucede. Esta es la conciencia en su forma más simple. Pero además de ser simplemente consciente de un impacto y de lo que le toca, un ser vivo da todas los indicios de estar imbuido de una inteligencia propia que actúa de forma provechosa. Vemos que una planta, o un animal actúan con una cierta inteligencia que conduce a su bienestar y a su supervivencia. Están guiados por un instinto que produce una acción deseable desde su posición. La acción no es planeada, no es pensada, no es como la acción emprendida por el hombre, sino que surge de un sentido innato que, sin embargo, opera sólo de maneras fijas. Un pájaro sabe cómo construir su nido y puede volar miles de kilómetros a través de la atmósfera y llegar precisamente al lugar adecuado para sus propósitos e incluso donde estuvo el año anterior. Se trata de un fenómeno asombroso, y hasta ahora no ha habido ninguna explicación adecuada de cómo se produce. El instinto funciona con fines limitados, pero dentro de esos límites es casi infalible.

El hombre tiene una conciencia que es más inclusiva, más sutil en la comprensión, y capaz de actuar de múltiples maneras, pero el instinto poseído por los seres vivos por debajo del nivel de su desarrollo ya no existe; es reemplazado por la nueva facultad del pensamiento. Al tener que abrirse camino mediante el pensamiento, tiene que haber una valoración de consideraciones y una elección. La mente humana contempla diferentes posibilidades, y existe la posibilidad de que elija una línea de acción equivocada en lugar de la correcta. De vez en cuando el hombre llega a encrucijadas que lo confunden y desconciertan. Vemos, pues que, aunque tenemos atributos superiores a los del animal, más variados y complejos, hemos perdido cierto tipo de inteligencia que los salva de las dificultades, angustias y errores relacionados con un mayor campo de acción y elección.

Pero incluso en el hombre, en el nivel puramente biológico, existe el instinto, que es la inteligencia del cuerpo humano, y regula perfectamente todos los procesos del cuerpo cuando el pensamiento no interfiere. Un animal o un pájaro, mientras se encuentre en su hábitat y estado naturales, sabe exactamente qué comer y qué hacer. En general, mantiene una salud perfecta. En términos generales podemos ver cuán superior es su aptitud física a la del hombre. El organismo vivo tiene un instinto propio que mantiene una perfecta forma física, cuando sigue su propio camino. En el caso del hombre, todo tipo de fantasías y temores, indulgencias y recuerdos, de hecho, los caminos erráticos de su mente, confunden completamente el esquema y el proceso de la Naturaleza.

Si sometemos el cuerpo humano vivo a un examen con una especie de clarividencia (supongamos) que pueda ver todos los procesos, para lo cual

nada es un obstáculo, observaríamos muchos procesos diminutos, físicos, químicos, eléctricos, magnéticos, electrónicos, etc., todos coordinados con extrema precisión para producir un resultado perfecto que deja todo el sistema intacto. La inteligencia del cuerpo actúa como un ordenador perfecto. Asimismo, la vida muestra una inteligencia que crea los medios para alcanzar determinados fines. Sin embargo, no se trata de la inteligencia que utilizamos cuando pensamos, sino de una inteligencia que para nosotros es subconsciente, que existe en el tejido mismo de la materia viva y que actúa de manera que conduce a desarrollos ulteriores.

La inteligencia que está en la vida actúa siempre a través de un equipo de fuerzas, pero si buscamos la vida como una corriente separada, al margen de esas fuerzas, no la vemos en absoluto. En otras palabras, es una especie de energía invisible que tiene conciencia, capacidad para registrar los hechos, una inteligencia que puede coordinar, cronometrar y dar los impulsos necesarios, y además de todo esto, muestra un sentido innato de la armonía que es la base de la belleza.

Es un hecho muy significativo que muchos animales y pájaros tengan cuerpos de formas bellas, lo que en sí mismo proporciona una pista sobre la naturaleza de las leyes que determinan la acción de la vida. Un cuerpo humano también puede ser bello y lo es en muchos casos, a pesar de la transgresión por parte del hombre de las leyes de la Naturaleza. El biólogo explica la estructura del ave, del pez o del cuerpo humano en términos de funcionamiento y utilidad. Un órgano determinado se aloja en algún lugar del cuerpo para facilitar la acción, la coordinación y la economía de espacio, junto con las ventajas que conlleva esa economía. Pero existe el hecho adicional de que, aunque el diseño sea práctico, en muchos casos resulta en una belleza de forma y movimiento que, si hubiéramos creado el diseño, indicaría un sentido estético muy desarrollado. Cuando la energía vital actúa libremente, de acuerdo con su inteligencia innata, produce una forma tras otra que se ajusta perfectamente a su funcionamiento, que se adapta a las necesidades y actividades del organismo y, al mismo tiempo, manifiesta una gracia y una belleza que varían de una forma a otra. Esta energía extraordinaria, que es sensible, que actúa con inteligencia, tiene tendencia a la creación de belleza. En muchos casos, el artista, en su concepto de la belleza, se guía por los modelos de la Naturaleza. La acción de toda forma de vida es significativa, y lo que es más significativo para una mente sensible es eso que es bello.

Cuando observamos algo que posee una belleza extraordinaria, destaca y capta el interés. Esta belleza actúa en profundidad sobre una naturaleza sensible, impregnándola y fundiéndose con ella, al menos durante un tiempo. La belleza en el arte se basa en la proporción de las líneas, los colores y

la armonía, así como en el ritmo de los movimientos y la expresión. La Naturaleza o la Vida también tienen un arte, un genio propio, en el que intervienen las técnicas más variadas, evolucionando a algo nuevo todo el tiempo.

Aunque la vida es algo tan excepcional, sabemos muy poco de sus maravillas. Pensamos que no es más que un sistema biológico. Como tal, reproduce las formas que habita, cada forma como un todo, ya sea una célula o un cuerpo humano. Provoca el crecimiento de acuerdo con un patrón incorporado en él. Aunque no hay vida en acción en ninguna parte fuera de una forma, que limita su acción, la forma no agota su potencialidad. Crea o evoluciona una forma mejor para sus fines.

Cuando utilizamos la palabra “vida”, no se trata de una mera cantidad que pueda medirse en gramos, ni de una masa inerte; expresa su naturaleza en términos de cualidades y actúa siempre a través de formas individuales adaptadas a estas cualidades. El vasto proceso de la evolución se desarrolla a través de formas específicas identificables. Es evidente que la naturaleza de la vida es buscar la definición, manifestar las cualidades que le son inherentes a través de modelos definidos. Esta expresión de su naturaleza adquiere mayor importancia a medida que aparecen formas organizadas más complejas. Hay en el proceso evolutivo un constante perfeccionamiento del desempeño anterior, surgen nuevas facultades. ¿Cómo ocurre esto? El mero duplicado del cuerpo vivo es maravilloso, pero además de la duplicación está el perfeccionamiento del organismo desde los comienzos más simples hasta el modelo más complejo que se encuentra en el cerebro humano.

En nuestra imaginación podemos recorrer vastas extensiones del proceso evolutivo, y vemos que en cada nueva etapa surgen nuevas facultades, cuya existencia no se podía sospechar anteriormente. A medida que surgen estas facultades, no sólo aumenta la capacidad de hacer cosas, sino también la inteligencia de un nuevo orden y la sensibilidad, que no pueden explicarse por la mera adaptación o por el funcionamiento de factores mecánicos. Un ser humano sensible es capaz de percepciones y respuestas para las que no hay palabras, y no podemos poner límite a esta sensibilidad que se manifiesta. Da lugar a la percepción de la belleza, así como del amor. La adaptación tendría más bien el efecto de reducir la vida al nivel habitual. Esta sensibilidad no es un producto del pensamiento, sino algo más esencial que el pensamiento. No podemos argumentar lógicamente a partir de ciertos hechos objetivos y decir: “Así surge el sentido de la belleza”.

La experiencia de la belleza se produce a través de múltiples formas de color, sonido, trazo, movimiento, etc., pero también, e incluso más, a través de modos de pensamiento y sentimiento, y en su mayor parte es inexpressable con palabras. Gira en torno a matices y relaciones sutiles, como en

la música vocal, donde hay una secuencia de notas, pero con inflexiones y tonalidades indefinibles. Si se produce el más mínimo cambio en una nota, ya sea en su tiempo, su lugar o su tono, se pierde todo el efecto. Hasta cierto punto, la música indica la sutileza, la profundidad y la gama de percepciones y respuestas posibles para la conciencia humana. Esta sensibilidad es un atributo de la vida o de la conciencia, no conferida por acontecimientos externos, sino inherente a su naturaleza.

Dicha sensibilidad, que es la base de la verdadera inteligencia, se manifiesta en diversos modos de acción, por ejemplo, en la imaginación. La imaginación es más que el registro o la fotografía de un hecho. Si observamos que hay una silla, que hay varias personas sentadas en el suelo, etc., no hacemos más que registrar hechos que existen. Cuando construimos alguna hipótesis para explicar ciertos fenómenos, creamos un puente invisible, y esta acción es muy diferente de registrar y razonar. Imaginar es construir una forma a partir de elementos presentes en la mente.

De la sensibilidad surge el amor, que no puede explicarse por el mero apego o el instinto de autoprotección. El amor en su pureza elimina el yo.

En el hombre existe también un sentido instintivo de la moralidad, del bien y del mal. Esto indica de nuevo un aspecto de la vida tal como se revela en el hombre. Si hay tantas cosas latentes en él, ¿cuál debe ser la naturaleza de la fuente de la que surge todo esto?

El hombre es consciente no sólo de las cosas externas, sino también de lo que ocurre dentro de su conciencia. Hay en él una conciencia que puede ser consciente pasivamente de los cambios realizados en sí misma. Un animal es consciente en su propio ámbito, ve las cosas que lo rodean, aunque puede verlas de forma diferente a como las ve un ser humano. Tiene memoria, es atraído y repelido, pero la memoria y la atracción y repulsión que surgen de ella son mecánicas. Si ve algo que crea la imagen de una sensación placentera, se mueve hacia ello; si ha experimentado algo desagradable, en su mente hay una imagen que produce repulsión y huye o ataca el objeto. Su acción está totalmente determinada por los impulsos de la memoria. Así es posible adiestrar a un animal para que realice diversos trucos. Los científicos, así como los entrenadores, actúan con los animales de forma bastante cruel y censurable, para estudiarlos o adiestrarlos. Cuando se adiestra a un animal, este hace ciertas cosas que le producen placer; también ha aprendido que, si no hace ciertas cosas, sufrirá inmediatamente. Su memoria cobra vida activa y pone en movimiento sus células cerebrales según el patrón requerido ante una señal dada, incluso sin el estímulo original.

La escuela de psicología conocida como conductista cree que el hombre también es un animal, el más inteligente de todos, y por lo tanto puede ser

entrenado de la misma manera que un animal, para hablar y pensar de formas particulares, para reaccionar ante los acontecimientos y dar respuestas como en un libro prescrito. En otras palabras, se considera al hombre como un sistema de lo que se denomina reflejos condicionados que funciona sobre la base de la memoria y no como una inteligencia libre.

Lo que dicen estos psicólogos puede ser cierto con respecto al hombre promedio que vive de respuestas superficiales, mecánicamente, y es muy fácilmente influenciado. Cuando uno está inconsciente, que es una condición de sueño, pensamiento y sentimiento parciales son en su mayoría mecánicos, gobernados por la memoria y las sensaciones agradables o desagradables. Pero cuando uno despierta a este hecho y sale de esta condición, lo cual es posible, puede liberarse completamente de todas las reacciones mecánicas, de modo que actúa con una inteligencia libre. Entonces es un ser psicológicamente liberado. Esta libertad sólo es real cuando se experimenta, no cuando se imagina. En esa libertad, la vida asume o revela un nuevo significado. Cada una de sus acciones y experiencias es entonces fresca, nueva y original. Cada momento de nuestro tiempo puede estar libre incluso de nuestro propio pensamiento del pasado. En esta condición la vida se aproxima a un estado que puede describirse mejor como espiritual, es decir, no sujeto por las cualidades de la materia.

Cuando se comprende esta verdad, es difícil aceptar la opinión de que la vida y la conciencia son productos de la materia, como pensaban muchos científicos en el siglo pasado y como parecen pensar muchos científicos incluso ahora. Manifiestan propiedades similares a las de la materia sólo en un grado limitado y en un estado sin libertad. La materia es determinista, es decir, cuando se presentan ciertas condiciones, el producto o la acción que resulta está determinado por esas condiciones. El ser humano también es una criatura sujeta al determinismo, hasta cierto punto, pero más allá de ese punto puede ser libre, y esta libertad es esencialmente libertad para expresar y desenvolver la belleza que hay en él. La teoría de que la vida, como conciencia que es capaz de imaginación, iniciativa, sensibilidad, amor y todos los demás atributos que tienen en ellos una cualidad de libertad, puede ser un producto de componentes moleculares, implica que, si estos componentes se reúnen, entonces resultará la vida en toda su variedad y belleza, y manifestará sensibilidad, libertad, inteligencia y belleza, produciendo algo nuevo a cada momento.

Una mente estrictamente lógica y científica debe tener sentido común y evitar en su pensamiento cualquier resquicio de credulidad. Cualquiera que sea la explicación que se ofrezca para los múltiples fenómenos de la vida debe estar en consonancia con nuestra propia experiencia, con lo que sabemos de nosotros mismos; debe ser plausible y esclarecedora. La otra

explicación de que la vida es una energía universal, de la misma naturaleza de la conciencia, con su vasto alcance, sus extraordinarias cualidades, así como sus limitaciones bajo ciertas condiciones, puede llamarse el punto de vista teosófico.

La Teosofía no es lo que está contenido en tal o cual libro, que puede ser correcto hasta cierto punto, sino que la Teosofía es la sabiduría que surge de la verdad en su totalidad. Si definimos así la Teosofía, podemos encontrarla en los libros, aunque ningún libro puede agotarla ni ocupar el lugar de la vida y de la realidad que se encuentra en la vida. Podemos encontrarla en los pensamientos de los filósofos antiguos, expresiones de ella en cualquier sistema de pensamiento, en cualquier religión. La Teosofía, como indica la palabra, no es esa verdad superficial de la que se ocupa la ciencia, sino la verdad en su amplitud, que incluye el alcance total de la vida y la conciencia, cada movimiento sutil en ella, cada matiz, tono y posibilidad.

El hecho de que la vida sea una energía universal, que está en todas partes, tanto en las cosas inanimadas como en las animadas, variando en su poder y acción, y que utiliza formas de materia para su expresión, sólo puede ser una teoría hasta que su naturaleza esencial o total sea experimentada en uno mismo. Pero, aún así, podemos ver cuán plausible y esclarecedora es. Esta energía única no puede actuar sin un medio. En las muchas formas que existen vemos manifestaciones de su naturaleza. Tiene la cualidad de ser consciente, y por lo tanto hay cierto grado de conciencia en todas las cosas. En el hombre se eleva a alturas de iluminación, poder y belleza sólo concebibles vagamente en la actualidad. Pues opera en diferentes grados, mostrando una enorme amplitud.

Existe un cierto tipo de energía que se manifiesta en las bacterias, otro inmensamente superior en las aves y los animales, y casi infinitamente superior en el hombre, que es capaz de pensar y sentir. Puede haber cimas que surgen como las de una cordillera en ese tipo de conciencia cuya acción es totalmente indeterminada por cualquier cosa ajena a su naturaleza. La vida es un movimiento de conciencia condicionado por las formas que la revisten. Todo ser vivo es consciente, pero el grado de su conciencia está determinado por la organización de su cuerpo. La conciencia, que es libre puede tener un potencial infinito, pero las limitaciones pueden reducirla a una gota. Consideremos una mariposa, un gorrión, cualquier ser vivo; el organismo determina el mundo en el que experimenta, se mueve y funciona. Es un mundo limitado. Pero el hombre, aunque actualmente es limitado, tiene en sí una naturaleza que puede crecer sin límites, porque es la naturaleza de la conciencia misma, con una capacidad desconocida. La conciencia que constituye al ser humano sólo utiliza el cerebro como base

desde la cual funciona. El suyo es un orden de conciencia muy superior al que se encuentra en los reinos menores de la Naturaleza, donde la vida funciona mecánicamente, sujeta a leyes de causalidad, y es capaz de una acción que supera con creces cualquier tipo de pensamiento y sentimiento que surja de las impresiones cerebrales.

El hombre es realmente un ser de vida y conciencia, y el cuerpo físico le permite entrar en contacto con el mundo físico y actuar en relación con él. Es sólo cuando nos damos cuenta de este hecho que podemos conocer el significado de la muerte. El hombre se conoce a sí mismo como “ser”, y vemos hasta cierto punto el alcance de la conciencia que manifiesta. Cuando nos damos cuenta de que el hombre es esencialmente esta conciencia y que el cuerpo no es más que un abrigo, algo que ponerse, o un instrumento que utiliza, enseguida podemos percibir el extraordinario significado de este hecho.

La vida es siempre individual en sus expresiones; funciona a través de una constitución u organización individual específica, de modo que su naturaleza, que es realmente conciencia, está inevitablemente condicionada por el cuerpo, hasta que es capaz de liberarse de esa esclavitud. Esta conciencia individual fluye como una corriente, marcada por la continuidad en el tiempo. Es un hecho del que podemos darnos cuenta por nosotros mismos, que fluye como un arroyo, con un cierto impulso, acumulando material. En un momento dado hay un cierto estado de conciencia en un individuo, experimenta ciertas sensaciones, lleva ciertas ideas, piensa y siente de ciertas maneras. En el momento siguiente hay un estado de conciencia en él que está relacionado con el estado anterior, aunque es una variación; los dos estados se convierten en uno. Existe esta continuidad en la conciencia y la vida de todos nosotros, a pesar de todas las rupturas y giros superficiales. Si la forma que contiene la vida se desintegra, puesto que la energía no puede destruirse y fluye como una sola corriente, podemos suponer legítimamente que esta energía puede existir en alguna condición latente o continuar como un movimiento en otras condiciones.

Así se puede entender la afirmación de que la conciencia individual continúa después de la muerte del cuerpo físico. Cuando se abandona este cuerpo, el Ser de vida y conciencia que utilizaba el cuerpo como terreno o instrumento para sus operaciones, pasa a condiciones diferentes. Hay muchas pruebas recogidas por la Sociedad para la Investigación Psíquica y otros organismos que apoyan la opinión de que el individuo como entidad consciente sobrevive a la muerte del cuerpo. Es una opinión comprensible, en consonancia con los hechos de nuestra experiencia. Uno puede aceptarla razonablemente, pero para conocer su verdad por uno mismo

necesitaría alcanzar una cierta libertad de la identificación con el cuerpo incluso durante su vida.

Suponiendo que seamos capaces de llegar tan lejos, la pregunta es: ¿Qué pasará con esta conciencia que continúa después de la muerte del cuerpo? Un gran Maestro dijo hace siglos que todas las cosas compuestas se convierten inevitablemente en no compuestas. Todo lo que ha sido construido sufre deterioro y disminución. Todo lo que viene a la existencia a través de un conjunto de diferentes elementos puede ser separado y resuelto en los elementos de los que surgió el compuesto. Lo que tiene un principio debe tener un fin. El cuerpo que fue construido por un influjo de vitalidad, inevitablemente decae, el influjo no se mantiene. Se producen todo tipo de cambios que disminuyen la eficacia de su funcionamiento. Finalmente, muere. Pero, ¿qué ocurre con la mente tras la muerte del cuerpo? La mente, que puede llamarse el cuerpo de la conciencia, no es una cosa simple; es también un compuesto de diferentes ideas derivadas de diferentes fuentes, y se ha convertido en un sistema de energías que se desliza por diversos surcos y hábitos de pensamiento. Debido a que no es simple, sino que se ha organizado en el transcurso de los años como una estructura de ideas y hábitos similar al cerebro, también debe desintegrarse por etapas, en ausencia del terreno que sostenía la estructura, a saber, el cuerpo físico y las sensaciones y estímulos que constantemente fluían a través de él.

Entonces, ¿qué queda? Lo que puede permanecer es la conciencia pura, que es básica, que no ha sido alterada, trabajada ni organizada. Es esa conciencia pura solamente, que, siendo simple, puede ser considerada como homogénea en su simplicidad y puede existir después de que todo su contenido, todo lo que llevaba y poseía, la forma que había asumido, haya desaparecido completamente. ¿Esta conciencia pura se disipa como el humo, o continúa existiendo incluso cuando han cesado todos los cambios, las acciones mecánicas y los hábitos? ¿Puede moverse alrededor de un centro o un eje propio como una rueda interior, aunque ya no sea movida por una rueda exterior con la que estaba conectada? ¿Sigue existiendo la conciencia desprovista de su contenido, sin división en ella, sin organización, o se disipa en ausencia de algo en lo que apoyarse? Cuando no existe una base objetiva para ella, ¿puede haber un centro subjetivo al que pueda adherirse?

En realidad, esta pregunta sólo puede responderla quien haya experimentado ese estado; no hay otra forma de llegar a una certeza absoluta al respecto. Hay que experimentar ese estado para saber que la conciencia puede existir en su pureza, en un estado prístino. Se puede argumentar que un adjetivo no puede existir sin un sustantivo. Ser consciente es una condición adjetival. ¿Cuál es la naturaleza del sustantivo al que califica? Es posible que, en última instancia, el sustrato del universo no sea más que